

Norman Cohn: EN POS DEL MILENIO, REVOLUCIONARIOS, MILENARISTAS Y ANARQUISTAS MÍSTICOS DE LA EDAD MEDIA. Barcelona, Barral Editores, 1972.

Esta obra fue publicada originalmente en 1961, pero el autor la revisó y completó algunos años más tarde, de modo que la presente versión apareció en inglés en 1970; en castellano, dos años después; y a la venta en nuestro país, hace sólo unos meses.

Como primera observación vale la pena subrayar el hecho que el tema es de un enorme interés, pues presenta, en una excelente secuencia temporal, los movimientos heréticos de la Alta Edad Media, señalando sus connotaciones reivindicacionistas, protestarias y utópicas. La actualidad de semejante temática no escapa ni al lector menos avisado. Efectivamente, en los últimos años, se ha visto un proliferar de movimientos semejantes a los descritos en el libro, si bien las características religiosas han perdido en ellos casi toda importancia. Incluso, dentro de las Iglesias bien constituidas, grupos de laicos y hasta de clérigos han adoptado hoy en día posiciones que asemejan a las de los partidarios del Libre Espíritu, a los Taboritas o a los Anabaptistas. Es imposible no relacionar este libro con otro de reciente aparición en nuestro medio: *La utopía, herejía perenne*, de Thomas Molnar, que parece casi la continuación del libro de Cohn, en más de un aspecto. De ahí el innegable interés que despierta este trabajo.

El autor hace un breve estudio del pensamiento antiguo pagano y cristiano que pudo servir de base a estos movimientos y luego desarrolla un estudio de los mismos desde el S. XI hasta el S. XVI, con un apéndice dedicado a los *Ranters* ingleses de la época de Cromwell.

Si bien todos los movimientos presentan puntos comunes que son claramente señalados en la obra, no deja de observarse que hay tendencias que se acentúan en forma cada vez más clara en los fines y propósitos de los dirigentes revolucionarios, a medida que transcurren los siglos.

Es así como todos comparten, básicamente, algunos ideales de sencillez, de igualdad, de propiedad común, de contactos extra-eclesiales y directos con la divinidad. Pero ciertas connotaciones morales y sociales aparecen o se van acentuando en los movimientos, a medida que evolucionan. Por ejemplo, el caso de la inspiración directa, proveniente del Espíritu Santo (el "Cristo Vivo" de Th. Müntzer), se va marcando en forma notable con el correr de los siglos; y desde la aparición de la herejía del "Espíritu Libre", se hace corriente. Los indudables contactos con la mística del período acen-

túan la tendencia, a partir de los taboritas. La culminación se alcanza en el movimiento de Münster (la Nueva Jerusalem), en que una verdadera teocracia, dirigida por los enviados de Dios, o incluso su nuevo "hijo" (Juan de Leyden), lo domina todo. El Estado es así "tragado por la comunidad de inspiración divina".

Otro aspecto que se torna más y más importante es el de escisión con respecto a la Iglesia organizada. Se parte atacando al clero, como corrupto, ávido de poder, degenerado y de ahí se va pasando casi insensiblemente al ataque de la Iglesia como institución, negándole sus atribuciones más sagradas, como son su magisterio y su poder sacramental. A partir de Wyclef, esta tendencia se hace permanente. Los reformadores hablan cada vez más claramente de la "Iglesia verdadera", "de los pobres", con lemas que recuerdan mucho el de ciertas tendencias actuales dentro del catolicismo. Por ejemplo: "No se puede predicar el Evangelio mientras haya dominación", declaraba Müntzer. Esto implicaba, naturalmente, la incitación a la destrucción de las estructuras político-sociales de la época, con la consiguiente alarma de los gobernantes. El choque entre estos últimos y los iluminados se va a acentuar en forma correspondiente y paralela.

Los reformadores fueron haciéndose cada vez más milenaristas y utópicos, predicando el advenimiento de nuevas eras, a las que había que contribuir destruyendo el orden prevalente. La "Iglesia espiritual" sin forma definida ni culto externo y el reemplazo de la misa por una comunión o cena con el sentido de "fiesta de amor", se fueron generalizando. Es más, en algunos casos se creía que el alma ya no necesita de la fe o los sacramentos, que al volver a su estado primitivo se hacía impecable, se edificación. Aquí la herejía se tornó indisoluble de la utopía moral.

En consecuencia, las tendencias amorales también experimentaron un amplio desarrollo y se popularizaron el nudismo, el erotismo ritual, la poligamia, el valor místico del acto sexual, etc. . . .

En lo puramente material, los ideales de propiedad común, de comunismo, de gobierno de los "elegidos", de ataques a los poderosos, al clero o a grupos marginales como los judíos, son otra característica importante, pero resultan más como consecuencia del desborde profético de los dirigentes que como causa desencadenante del fenómeno. Detrás de todo el proceso, Cohn descubre un anhelo intenso de perfección, de mejoramiento espiritual, que a veces comenzaba con el beneplácito de la jerarquía local y que luego iba tomando alcances menos religiosos y más políticos.

Caso aparte constituyó, según el autor, la revuelta de los campesinos alemanes de la época de Lutero, que no tuvo la inspiración religiosa de los otros sino que fue una clara defensa de derechos ancestrales amenazados y reivindicaciones de tipo material. Su conexión con Müntzer y los movimientos milenaristas contemporáneos no está clara. De ahí que el marxismo sea acusado de "infantil" por el autor al transformar a Th. Müntzer en "un gigantesco símbolo, un héroe prodigioso de la lucha de clases". Es, en efecto,

fácil hacer analogías equivocadas en la Historia cuando se parte de esquemas ideológicos apriorísticos.

Otro aspecto importante que se señala en la obra es la transposición masiva de los ideales superiores del cristianismo —que la Iglesia reservaba a las minorías de clérigos y religiosos— a la totalidad del pueblo cristiano, tratando de hacer “santos” de todos. Esto será retomado más tarde por el Protestantismo, sobre todo anabaptista, e incluso se nota la misma tendencia hoy por hoy, en los círculos más “postconciliares” de Roma.

Finalmente, el último aspecto negativo que resalta en la obra es el rechazo de la intelectualidad y la ciencia por parte de los revolucionarios. Estas tendencias se desarrollaron en la Iglesia desde los primeros siglos, estimándose que el saber natural se oponía al sobrenatural. A pesar de los esfuerzos de la Alta Escolástica medioeval, la tendencia se mantuvo viva aun en círculos eclesiásticos (por ejemplo, entre los franciscanos originales, los “fraticelli”, etc.) y fue retomada por los reformadores, culminando con Thomas Müntzer, que condenó formalmente la ciencia y el humanismo.

En resumen, el libro de Cohn es una palpitante visión de las corrientes subterráneas que minaron a la Iglesia y a Occidente durante siglos y que —siempre latentes— reaparecen en las épocas de relajación, confusión o indiferentismo doctrinal. Hay tanto de lo expuesto que se produce nuevamente en nuestros días, que la lectura de este libro —bien escrito y traducido por le demás— resulta casi un imperativo para el estudioso actual.

JULIO RETAMAL FAVEREAU

Harold Blakemore: BRITISH NITRATES AND CHILEAN POLITICS, 1886-1896. BALMACEDA AND NORTH. University of London. Institute of Latin American Studies. 1974.

La historiografía relativa a la Guerra Civil de 1891 ha cumplido un largo ciclo que pareciera cerrarse con el libro de Blakemore.

Al enfoque eminentemente político y constitucional de la primera mitad del siglo, que tuvo sus versiones más acabadas en los libros de Ricardo Salas Edwards, *Balmaceda y el parlamentarismo*, y de José Miguel Irarrázaval Larraín, *El Presidente Balmaceda*, le sucedió la interpretación marxista a partir de 1951.

Aquel año apareció en los números 81 y 82 de los *Anales de la Universidad de Chile* el *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* de Julio César Jobet, que de una manera muy general y basándose en testimonios dispersos, planteaba los sucesos de 1891 como un choque de la política nacional y progresista del presidente Balmaceda con los intereses del capitalismo extranjero y de la oligarquía chilena.

Por entonces, también apareció, en una modesta edición, el libro del profesor Hernán Ramírez Necochea *La Guerra civil de 1891*, que con mayor acopio de antecedentes y de manera específica, ahondaba en el mismo problema. Posteriormente, Ramírez amplió sus investigaciones con fuentes británicas y dio una mejor elaboración a su trabajo. También tuvo a su disposición la tesis doctoral inédita elaborada por Blakemore en la Universidad de Londres, *The Chilean Revolution*, que le fue de gran ayuda.

Basándose acaso en la respuesta que el ministro del Interior de Balmaceda, Domingo Godoy, diese en cierta oportunidad al embajador británico J. G. Kennedy, "nosotros somos los revolucionarios y los otros los sediciosos", Ramírez planteó la acción del presidente mártir como una revolución desbaratada por el levantamiento de la oposición. Y de aquí el nuevo título de su obra, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, que apareció en 1958.

Paulatinamente se había pasado de algunos atisbos a una interpretación rotunda, que la propaganda divulgó en todos los tonos y convirtió en enseñanza política.

Sin embargo, la tesis de Ramírez, seductora y convincente para quienes no conocen adecuadamente los hechos de la época, descansaba sobre enfoques inadecuados y desconocimiento u omisión de informaciones importantes. El mismo Blakemore en su estudio *La revolución de 1891 y su historiografía*, incluido el año 1966 en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, advierte que en el libro de Ramírez "Generalmente están incluidos los materiales británicos que parecen apoyar su argumento, mientras que aquellos que no lo respaldan se omiten".

La demolición de la tesis marxista había comenzado algunos años antes a raíz de la aparición de la *Guerra civil de 1891*. José Miguel Yrarrázaval publicó en 1952 y 1953, en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, sendos trabajos sobre los asuntos salitreros y bancarios como antecedentes del conflicto de 1891, que se reeditaron en 1963 en un pequeño librito titulado *La política económica del Presidente Balmaceda*.

Los estudios de Yrarrázaval, basados en un profundo conocimiento de la documentación chilena, demostraron que lejos de realizar una política coherente y consecuente en materias de salitre, ferrocarriles salitreros y bancos, el gobierno de Balmaceda no tuvo una política definida ni contrarió los intereses de la oligarquía y de los capitalistas extranjeros. De tal manera que las declaraciones del presidente y de la política que le han sido atribuidas no guardan consonancia con los hechos.

El libro de Harold Blakemore, recién aparecido, continúa la misma línea demoleadora y constituye el estudio más completo y erudito sobre las relaciones del gobierno de Balmaceda con la industria salitrera y sus ferrocarriles, y más especialmente con los intereses representados por el coronel John Thomas North.

Blakemore es sin lugar a dudas el mejor conocedor de la documentación británica sobre el asunto y ello le ha permitido, en un trabajo denso y meditado, deshacer fantasías y concretar la verdad. Con ese método nos introduce en la vida del discutido coronel británico.

Las sorpresas aparecen desde las primeras páginas. La imagen de un simple aventurero, que habría llegado a la región salitrera con escasos centavos en el bolsillo, como se le ha descrito para dramatizar su carrera, se desvanece con los datos proporcionados por Blakemore. Su padre fue, desde luego, un próspero comerciante de carbón en Yorkshire, que le envió a un colegio en Leeds hasta los quince años de edad, cuando pasó como aprendiz a un establecimiento industrial. Allí adquirió, después de ocho años, la calidad de *mechanical engineer*, término difícil de traducir, pero que equivale al de técnico mecánico. Casó luego con la hija de un prominente conservador de Leeds, miembro del Consejo de la Ciudad, hecho que confirma el nivel de clase media de North.

Hacia 1866 llegó a Caldera enviado por la Compañía Fowler para supervigilar el armado de locomotoras destinadas al Ferrocarril de Carrizal y luego inició en modesta escala sus propios negocios, que habrían de depa-rrarle su inmensa fortuna.

Otra sorprendente conclusión se relaciona con el supuesto antagonismo entre Balmaceda y North. Curiosamente, en su bullado viaje al norte el año 1889, el presidente visitó las oficinas de Jazpampa y Primitiva, de propiedad de North, que debieron impresionarle por su equipo moderno y la eficiencia del trabajo.

El mandatario, con su séquito de más de treinta personas, fue alojado en dichos establecimientos y atendido magníficamente, igual que en la casa de North en Pisagua...

Como bien lo señala Blakemore, el presidente habría podido rechazar aquella hospitalidad si sus planes y sus sentimientos hubiesen sido tan contrarios a las actividades del empresario inglés.

El aspecto sustancial del libro no se encuentra, sin embargo, en estos temas, que sólo recordamos como ejemplo de las ligerezas en que suelen caer quienes no investigan a fondo las materias de su interés.

El mejor logro de la obra se encuentra en el enfoque dado al aparente enfrentamiento entre la política de Balmaceda y los intereses británicos, que el autor sitúa en su justa perspectiva.

Para entender el problema, parte de dos circunstancias capitales: la situación de incertidumbre que rodeaba a los negocios de North hacia 1889 y la crisis política chilena de la misma época.

Las especulaciones de North y la situación de la industria salitrera habían suscitado serios temores en los círculos financieros de Londres. Para contrarrestar esa mala impresión y dar confianza a los inversionistas, North decidió visitar sus dominios rodeado de todo el aparato publicitario y la

teatralidad que exigía su carácter de rey del salitre. Buscaba con ello afianzar su situación.

Al mismo tiempo, el presidente Balmaceda veía crecer la oposición a su gobierno y sentía la necesidad del respaldo nacional, buscándolo precisamente en la región que daba la gran riqueza al país.

Por otra parte, el presidente veía el peligro que significaba para sus planes de inversión pública cualquier caída en la exportación del salitre, que podría producirse en caso de que un monopolio o una alianza de productores decidiera disminuir la producción con el fin de mantener altos los precios. Todos los indicios mostraban que ésta era una posibilidad real.

Por estas razones, en su viaje al norte, el presidente hizo alusión a la conveniencia de que no hubiese monopolio y que los empresarios chilenos también participasen en los negocios salitreros. En este marco cabe el famoso discurso de Iquique, que, como bien lo demuestra Blakemore, fue de gran ambigüedad, dando para todas las interpretaciones, según dejaron ver los comentarios de la prensa de la época.

Así quedaron bosquejados los roles de ambos actores. Sin embargo, el choque era más aparente que real, y fuera de las palabras y gestos teatrales, "no hubo nada".

La posición de Balmaceda no fue contraria a los intereses británicos; solamente trataba de evitar la constitución de un monopolio, y así como cruzaba los planes de North, al mismo tiempo estaba dispuesto a hacer concesiones a otras firmas británicas. Más aún, estaba dispuesto a hacer nuevas concesiones a North bajo determinadas condiciones.

La complicada red de estas negociaciones es manejada por Blakemore con gran seguridad y una profunda comprensión de los hombres y los grupos que giraban alrededor del salitre y los ferrocarriles nortinos.

El libro del historiador inglés, además de aclarar un tema capital de nuestra historia, deja una enseñanza metodológica. Ningún suceso histórico puede ser interpretado solamente a la luz de teorías generalizadoras, sino que los hechos, los porfiados hechos, son los que finalmente se imponen. Ello es propio de la historia.

SERGIO VILLALOBOS

Richard Konetzke: AMÉRICA LATINA II. La época colonial. En Historia Universal Siglo XXI. México 1971.

Revisada y puesta al día, ha sido editada en castellano la obra que Konetzke publicara en alemán en 1965. Gracias a ello, está a disposición del público de habla hispana, una obra de síntesis útil y práctica.

Aunque no contempla todos los logros de la moderna historiografía sobre la materia, su utilidad está en directa relación con el plan de la obra

que contempla, fundamentalmente, algunos aspectos que hasta ahora sólo habían sido expuestos en obras especializadas, o en artículos de revistas, no siempre de fácil acceso y generalmente escritas en un estilo técnico no apto para la comprensión de todos. Como lo dice el autor, los temas de este libro han sido objeto de su actividad docente desde hace largos años y la mayoría de sus datos derivan del resultado de varias décadas de investigación en el Archivo de Indias de Sevilla. Igualmente cabe destacar su propósito inicial expresado en los siguientes términos: "No se aspira aquí a escribir la historia aislada de un mundo remoto, exótico, sino a proporcionar una imagen de cómo problemas históricos universales han repercutido de manera especial en la conformación de una nueva historia de América, que se inicia con las colonizaciones europeas". Y poco antes había dicho: "La selección de los temas a considerar estuvo guiada por el empeño de explicar aspectos esenciales de la dominación colonial hispánica y portuguesa en América, así como por el de evitar una consideración unilateral y una interpretación monocausal de los mismos". Por supuesto que un programa tan atractivo, predispone desde un principio en favor de la obra. Si el objetivo se logra, se ha facilitado la tarea docente por una parte y, por otra, proporciona a los que investigan en América sobre la historia del subcontinente, un respaldo y un aliciente para adoptar, con mayor entusiasmo, una nueva visión y una nueva manera de comprender los hechos históricos.

La selección de los temas escogidos parece aumentar el entusiasmo inicial del lector: política colonizadora, población, política indígena, infraestructura económica y superestructura estatal y eclesiástica. Sin embargo y nuestro caso particular, nos habría gustado que hubiesen tenido cabida en esta obra dos aspectos fundamentales, a nuestro juicio, de la colonización europea en América Latina, que han marcado hasta hoy su desarrollo histórico y explican muchas de las actuales características del subcontinente.

El primero de ellos se refiere a la política de urbanización. En la página 37 inicia el tema relativo al asentamiento urbano, pero por desgracia lo detiene en las ordenanzas de Felipe II de 1573 reproducidas por la Recopilación de Leyes de 1680. En realidad, sería injusto pedir a una obra de síntesis que agotara cada tema. Con todo, creemos que es importante incluir los avances teóricos y empíricos logrados por algunos historiadores en Latinoamérica. Vemos que en la bibliografía aparecen algunas obras como las de Palm, Caro y Mörner. No aparecen en cambio los logros obtenidos por Morse, Hardoy, Moreno y otros que tanto han hecho avanzar el conocimiento en esta área. Como se sabe, la afirmación de que América Latina fue durante la colonia un continente con características rurales, no puede hoy ser sostenida a la luz de los avances de la investigación. Aunque su población, mayoritariamente, pudo estar situada en el área rural, fue en las ciudades donde se concentraron, como era de esperar, las decisiones, el poder, la riqueza y la actividad económica general. No puede compren-

derse hoy la historia de AMÉRICA LATINA, sin un estudio detallado del rol de lo urbano en el proceso histórico; las redes de ciudades que articulaban espacios regionales, los polos de crecimiento, los ejes comerciales, absorbieron de tal manera todas las actividades de cada región, que sólo su estudio colocará en lugar exacto el desarrollo del subcontinente. Es efectiva la afirmación del autor de que la población rural era reacia a vivir en las ciudades; asimismo está averiguado que muchas veces fue preciso llevar mano de obra indígena forzada a trabajar en ellas, y también se sabe que las cédulas reales que compelian a los pobladores españoles a vivir en las ciudades encontraban serias resistencias. Pero el fenómeno no era tanto del mayor o menor número de pobladores urbanos, como el del rol que las ciudades ejercían y la situación especial de ellas en la articulación colonial con la metrópoli. La hiperurbanización latinoamericana de nuestro siglo, encuentra sus orígenes en las ciudades coloniales en cuanto ellas eran vehículo de contacto con la metrópoli y en cuanto red de articulación para mantener una situación de dependencia. En consecuencia, eran las que podían ofrecer reales ventajas a una mano de obra pobre e ignorante que, primero forzada y luego voluntariamente y casi con entusiasmo, se vio obligada a emigrar hacia ella. Todo este proceso tan importante, nos parece que debe ser destacado desde sus orígenes, no tanto como una mística imperial, o como emanación de teólogos medievales, sino como el asentamiento de un sistema de dominación sobre un inmenso territorio para articularlo a un vasto sistema mundial que precisaba las materias primas de esos territorios, a la vez que lo miraba como un amplio mercado donde vender sus manufacturas.

Otro tema cuya importancia no nos parece suficientemente destacada y que también se relaciona íntimamente con el anterior, es el que dice relación con el funcionamiento del capital financiero-mercantil. En la obra que comentamos, especialmente en sus páginas 307 y siguientes, se habla con detalle de las características del tráfico comercial, del contrabando, las compañías comerciales y otros aspectos de interés. Pero acá nos referimos al rol jugado por el capital mercantil financiero basado en la relación dinero y mercancía, donde las ganancias no guardaban correspondencia con la inversión productiva. Creemos importante destacar el papel que jugó el comercio exterior, la acumulación de capital, la distribución de los artículos de lujo destinados a las clases poseedoras, la transferencia a manos de los mercaderes de una parte sustancial de la sobreproducción agrícola y minera que esas clases obtenían, la imposibilidad de reinvertir continuamente en el mismo comercio puesto que la extensión del mismo podía llevar a la destrucción de los monopolios de ganancias, su reinversión en tierras y en usura, y tantos otros aspectos aún poco conocidos del bullente mundo latinoamericano de los siglos XVI, XVII y XVIII. El autor abunda en detalles utilísimos sobre la política económica de España y Portugal, sobre los sistemas de comercio, ganadería, agricultura e industria. No obstante, no

vemos una relación entre estos aspectos parciales del desarrollo económico americano; tampoco vemos la trascendencia que esto tuvo para el futuro proceso histórico en el subcontinente. Cómo la persistencia de un estilo pudo influir en la futura y crónica descapitalización de América Latina; cómo la actividad financiera y comercial, sin una adecuada orientación hacia la inversión productiva, pudo producir una dependencia cada vez más acentuada; cómo la independencia política, en lugar de corregir este mal, no hizo sino acentuarlo cada vez más. Es decir, nos parece que falta una debida implementación de los ricos y variados datos que proporciona el autor, con un marco teórico que ayude a entender mejor el desarrollo histórico y sitúa nitidamente cada capítulo, cada párrafo, cada dato, dentro de un contexto coherentemente determinado.

En síntesis, una obra interesante y útil que, sin perjuicio de lo expresado, puede prestar buenos servicios a un público que, hasta la fecha de aquella edición, no tuvo un buen manual sobre la historia de la colonia en América Latina.

ARMANDO DE RAMÓN

Joachim C. Fest, "HITLER. EINE BIOGRAPHIE". Propyläen Verlag, Frankfurt/M-Berlin-Wien, 1973, 1190 pp.

En la cumbre de la "Hitlerwelle" [Ola-Hitler] que ha sacudido al mundo publicitario alemán a comienzos de los años 70, aparece esta obra que, sin embargo, no está condicionada por una moda. Su autor, aunque no perteneciente a la esfera académica, ha proporcionado con este libro un valioso aporte bibliográfico a la historiografía sobre el Nacionalsocialismo (NS). Producto de 5 años de trabajo inmerso en una montaña de fuentes y material bibliográfico, la obra de Fest tiene algo del aliento de las grandes biografías que aúnan el análisis de detalle con la visión de la totalidad que no se queda en una superficie. Relativamente sugerente, este "Hitler" constituye un análisis de gran calidad de toda una época. La crítica madura y el esfuerzo por la comprensión profunda distinguen el trabajo de Fest de la obra más sensacionalista que científica de Werner Maser (1971). Al lado de la ya innumerable bibliografía sobre Hitler, destaca el presente título junto a la muy notable —por lo temprana— obra de Konrad Heiden (1936) y de Bullock (1952, y sucesivas reediciones, ampliadas y revisadas), conformando una adecuada trilogía para aproximarse al "fenómeno Hitler".

1.190 páginas —de las cuales 119 están constituidas por notas— presentan un impresionante volumen, al que se le agregan 213 fotos y documentos, todo ello en una impresión que sobresale por la correcta y bastante proporcionada forma en la que se nos aparece el libro. Esta primera edi-

ción de 1973 (con), ya cuenta con 250.000 ejemplares. Pero lo meritorio no es la grandiosidad externa de la obra, sino el estudio científico, el que, sin embargo, recibimos no sin serias reservas.

El aparato crítico está bastante bien expuesto. Nos parece que el haber agrupado las notas al final es un acierto que facilita la lectura. Las claves no pueden conducir a confusión; el registro de nombres es completo; lo detallado del índice ayuda en parte a reemplazar la carencia de un registro de problemas. La bibliografía abarca prácticamente toda la literatura primaria y secundaria aparecida sobre este tema.

En el uso de las fuentes existe un tratamiento adecuado y la bibliografía es sometida a crítica cuando procede. Nos parece necesario remarcar una excepción importante: Fest acude demasiado generosamente a las "Conversaciones con Hitler" de Hermann Rauschning. Sobre este discutidísimo libro hay muchas versiones. En nuestra opinión no se trata de una falsificación, sino una idealización de Hitler, en el sentido de querer ver el papel histórico universal del personaje en la trayectoria de la revolución contemporánea; desde este punto de vista la obra de Rauschning no sería desdeñable como fuente. Fest se apoya en un estudio de Theodor Schieder (p. 715 y 1.115, nota 96). A pesar de ello, creemos que la recurrencia a Rauschning (específicamente a las "*Gespräche*") es excesiva.

Dentro de los límites de la reseña nos referiremos exclusivamente a ciertos problemas y tratamientos que nos parece necesario exaltar o criticar.

Uno de los méritos de Fest está en el tratamiento psicológico del personaje. Tarea no fácil, sobre todo para el primer periodo de su vida. La psicología interna de esta vida pobre, y la psicología externa de este sujeto que Fest teme en llamar grande (p. 25), son objeto de una descripción sutil y magistral. Lo fundamental es la relación entre la no-persona (*Unperson*) y su transfiguración por medio de los acontecimientos de que fue sujeto. Es el hombre que, se disfraza para ser algo sólo es a partir del disfraz. De allí la determinación social del carácter de Hitler; él es lo que la sociedad permite que sea: en este caso es la caricatura de los rasgos más patológicos de la sociedad burguesa (lo que a través del libro se presenta repartido, se encuentra bien resumido en el Libro VI, Cap. II). Aunque salta a la vista la debilidad de esta tesis, es innegable la finura con que Fest explica la psicología de Hitler frente a cada una de las actuaciones de las que fue actor.

Principalmente nos parece que Fest llena dos lagunas que hasta el momento sólo se podían conocer a través de investigaciones muy monográficas y parciales. Una de esas lagunas está constituida por los fundamentales años de la formación de Hitler desde su niñez hasta su estadía en Viena, inclusive. Deshace leyendas establecidas por el propio Hitler (su pretendida pobreza, apoliticidad y ausencia de antisemitismo hasta 1907) como asimismo relativiza la fijación de las ideas fundamentales de Hitler, de las cuales sólo el cimiento habría obtenido en Viena, como también el carac-

ter aún no radical de su antisemitismo. Fest, en contraste con la bibliografía anterior, realza acertadamente el papel del arte en Hitler. Hitler, hasta 1919 (y en medida fundamental hasta su fin en 1945), vio al mundo esencialmente como un artista, si bien fracasado. Interesantes son los párrafos que le dedica a Wagner (p. 75-77). La influencia de éste sobre Hitler y su política nunca será sobreestimada, aunque ver en Wagner una prefiguración de ciertos temas hitlerianos nos parece digno de una meditación más cuidadosa. "De esta manera el Estado debía ser elevado a la altura de una obra de arte y la política renovada a partir del espíritu de la música, para así llevarla hasta su consecución. Los elementos de esta programación no son difíciles de captarlos en la teatralización de la vida pública en el Tercer Reich, en la pasión escenificadora del régimen y en la dramaturgia de su praxis política, que no pocas veces parecieron ser el objetivo de la política" (p. 77). De allí esa pérdida de realidad (*die verlorene Realität*) de Hitler, que lo aleja de lo político. Esto es algo molesto a cuya legalidad interna Hitler sólo se entrega por una determinada etapa de su vida (ca. 1929-1939), estrictamente condicionado por la realidad inexorable, si es que quería hacerse del poder (p. 835 s.).

La otra laguna se refiere al Hitler de 1918-19. A través de cuidadosas y hasta osadas reconstrucciones Fest nos muestra al Hitler aun indeciso frente al acaecer político, indiferente a la República Soviética de Baviera, en cuyo aplastamiento no sólo no participa, sino que hasta en un primer momento se hizo sospechoso de colaboración con los consejos (p. 121-123). Recién su ingreso a unos cursos de educación política promovidos por el ejército despierta finalmente a Hitler de su letargo, haciéndole autodescubrirse un talento hacia la política o, mejor dicho, el usar la política como vehículo para la fijación social de sus ideas y representaciones (p. 164-65).

Si bien todo el libro está jalonado de reflexiones que relacionan al personaje no sólo con la historia de la cual fue sujeto, sino también con el sentido de la historia universal, existen unas partes dedicadas especialmente a elucidar ciertos problemas en torno a Hitler y al Tercer Reich. Son las: Prerreflexión, Reflexiones intermedias (3) y la Reflexión final (*Vorberachtung, Zwischenbetrachtungen, Schlussbetrachtung*). Dos de ellas merecen destacarse. La Prerreflexión relaciona a Hitler con el problema de la grandeza. ¿Fue Hitler grande? Bullock habla de una grandeza similar a la de Atila. Pero aún un genio perverso posee algo de elevado y paradigmático. En Hitler es abismante la pobreza de la persona, la mezquindad de sus concepciones, la grosería de sus manifestaciones; sólo se es paradigma de lo más bajo que hay en el ser humano. Pero un ser que tuvo una participación tan decisiva en la historia de su siglo indudablemente que merece el calificativo de grande, aunque en este caso la grandeza vaya unida a una pobreza personal (p. 24). Como Fest en otra parte anota, Hitler poseía algo de los héroes negativos de Shakespeare, que ni

siquiera eran dignos del mal que provocaban (p. 641). Si bien es una afirmación discutible, no deja de ser atractiva en el "caso Hitler".

Brillante y concluyente, a nuestro parecer, es la tercera Reflexión intermedia: "La guerra fallida". No sólo sale a luz y es expuesto magistralmente lo que nunca se exagerará lo suficiente: el lugar que la guerra ocupa en Hitler. La guerra —y esa guerra— es la consecuencia fatal de las premisas hitlerianas. El sentido y carácter de la guerra depende de las categorías de pensamiento de Hitler. La guerra de purificación y salvación mundial es esencial al NS. Esto no niega el hecho de que la guerra que estalló el 3 de septiembre de 1939 no era la guerra de Hitler (p. 833). Pero a partir de 1941 *logra su guerra de exterminio de los "bacilos"* (léase: judíos) y el logro del espacio geopolítico imprescindible (*Lebensraum*). Fue el todo o nada (Hitler, 23-11-1939: "Toda esperanza en un compromiso es infantil: triunfo o derrota"). Así se convierte en superflua toda la controversia en torno a los orígenes de la guerra (discusión comenzada por A. J. P. Taylor): la dinámica de la Alemania nazi conllevaba la guerra como su producto más genuino. Es inútil preguntarse si Hitler hubiese hecho esto o aquello, en vez de lo que hizo, si se hubiese aliado con éste contra aquel y no viceversa, si hubiese escuchado a sus generales (en ese caso no hubiese habido guerra ni hubiera existido Hitler). La guerra es el medio de atarse irrevocablemente a un destino, de quemar las naves y de "ligar a toda la nación mediante un crimen inconmensurable" (p. 849) y de terminar con todo vestigio de tradición europea de Alemania; en esto está lo propiamente revolucionario de Hitler, y lo que hace a la guerra algo tan esencialmente diferente a la tradición alemana, en lo que diferimos de Fest, quien recalca aquí el papel de la tradición expansiva alemana desde la época guillermina (p. 843-47).

La primera y segunda Reflexiones intermedias ("El gran miedo" y "¿Catástrofe alemana o consecuencia alemana?") presentan puntos más débiles. Discutirlas nos llevaría a extralimitar los moldes de esta reseña. Bástenos con decir que Fest —a nuestro juicio— se pone excesivamente al lado de la historiografía que acentúa la fuerza de la tradición nacional alemana para explicar el origen y éxito inaudito del NS. Según esta tesis, habría cierta predisposición alemana que esclarecería los rasgos extremos del NS. La obra de Fest (que acepta en gran medida la teoría epocal de Nolte) es rica, múltiple, polifacética, por lo cual en este sentido sólo podría hablarse de que en Fest hay una *tendencia* a realzar lo propiamente alemán en el NS, y no una explicación monocausal como en la vulgar y publicitada obra de Shirer.

Para finalizar, queremos discutir el carácter "burgués" de Hitler, lo que para Fest es la clave de su comportamiento. Hitler, en esta óptica, sería el paradigma de ciertos rasgos burgueses. "El sentimiento espontáneo de Hitler se dirigió contra el mundo burgués, ante cuyas normas de funcionamiento, ante cuya rigidez y exigencia él había fracasado, a pesar de

que él por inclinación y conciencia se sentía perteneciente a ese mundo" (p. 54-55). "A pesar de los ocasionales gestos rebeldes revelaron esas formas de conducta a su propia esencia como necesidad de afirmación y pertenencia, lo que es, a su vez, una necesidad fundamental del hombre burgués" (p. 55). "...nuevamente se develó él (Hitler) como el paradojal partidario de los aprobados, que defendía un orden al que simultáneamente rechazaba. En la medida en que el rechazado se hizo como propia la causa del rechazante, él (Hitler) disolvió aparentemente la humillación: detrás de esta mecánica psicológica se escondía una de las líneas de ruptura del carácter de Hitler" (p. 57). Hitler sería la representación fundamental de ciertas normas de comportamiento burgueses, de miedos y complejos, de cuyos representantes habría sacado a sus partidarios: "El (Hitler) no fue nunca solamente el dirigente, sino siempre también su exponente" (p. 143). Hitler aparece supuestamente cogido por las visiones, normas e impulsos del S. 19 (p. 1.033). Hitler sería un fenómeno de la época burguesa tardía (p. 1.035). Pero igualmente es un fenómeno de modernidad y revolución (p. 238 y 265). No está atado a las grandes revelaciones que subyacen al mundo burgués. Fest no teme contradecirse hasta cierto punto y llamarlo "homo novus" (p. 1.029); cita en innumerables partes las diatribas contra el mundo burgués, de las cuales, por ejemplo, "Mein Kampf" está plagado. Pero en general queda flotando en el aire la idea de la culpabilidad del mundo burgués, la peligrosidad immanente de este mundo de producir fenómenos radicalmente destructivos como el de Hitler y el NS.

Pero, ¿qué es lo propiamente constitutivo del mundo burgués? Y en oposición a él, ¿existe un mundo no burgués en potencia o en germen? ¿No pertenecemos todos a esa precaria síntesis que es lo burgués, a la cual nada menos que el marxismo —en cierta medida— es una de sus manifestaciones? En Fest hay una equívocidad tácita que puede ser grave. Hitler es fundamentalmente el fenómeno del *détache* (Nolte), el fenómeno del revolucionario moderno (aunque con un "Leitmotiv" que podría ser antiguo), del nihilista radical. Sus caracteres pequeño-burgueses, el fenómeno del miedo con que él se encontró y que personificó, sus complejos, resentimientos y pasiones, todo ello puede ser rastreado en los movimientos revolucionarios de toda índole del mundo contemporáneo. Una posibilidad sería que Fest se hubiera referido a ciertas características de la pequeña burguesía de la Austria provinciana. Pero la importancia que le asigna Fest al problema de lo "burgués", nos parece que excluye esta hipótesis.

Indudablemente el NS conlleva rasgos tradicionales burgueses —como asimismo el marxismo y hasta el anarquismo—, pero en su dinámica íntima tiende a destruir la tradición del mundo llamado (¿o mal llamado?) burgués y a la erección de una sociedad totalitaria, no muy diferente de las inspiradas en el marxismo, en la cual eventualmente subsistirían muchos rasgos "burgueses" de los que habla Fest. Pero en su fundamento sería radicalmente diferente. De ahí que estemos convencidos de lo fructífero de retomar

la ya casi abandonada teoría del totalitarismo —aunque despojándola de exageraciones formalistas y diferenciando donde hay que diferenciar— para analizar el NS y alumbrar lo constituyente de lo burgués.

Pero con este rasgo débil no se agota la obra de Fest. En sí diferenciada y madura, es momentáneamente (y en la historiografía no puede ser de otra manera) y por algunos años —quizá decenios—, palabra concluyente acerca de Hitler, el campeón de los "terrible simplificateur", que cerró destructivamente una fase de la vida europea (Bullock) no dejando —tras finalizar inapelablemente la época del fascismo— nada constructivo detrás de él, debido a su "incapacidad para sobrevivir". "...en retrospectiva aparece su vida como una única explosión de energía. Sus consecuencias fueron gigantescas, el horror que expandió no ha tenido igual; pero más allá de aquello poco ha quedado en el recuerdo" (p. 1.042).

JOAQUÍN FERMANDOIS